

Pensé que era mi madre, pero

[1]



entendí enseguida que me convenía más que no lo fuese porque — ella misma me lo recordaría y si no al tiempo, como siempre le gustó tanto darme sustos en su afán irreprimible de tenerme sometido y, más aun, cuando quería que yo dejase de hacer cualquier cosa en la que me viese muy interesado — aquella tarde, precisamente aquella tarde, tuvieron que llevarla los vecinos a urgencias “porque como contigo, después de

todo lo que yo he hecho por ti no se puede contar para nada” y, de paso, aparte del susto, hacerme sentir culpable a pesar de mi firme convicción de que lo que estaba haciendo era chantagearme.